

La arquitectura sostenible: ¿es una cuestión de ética?

Ya no hay duda de que lo sostenible forma parte de una cultura emergente, generalizada e imparable. Lo muestra la ingente cantidad de lugares desde los cuales se le invoca. Las instituciones, las normativas, las empresas privadas, los filósofos, los economistas, la publicidad, nos lo muestran diariamente



Mª Jesús González.

Las iniciativas gubernamentales se orientan en esta dirección. El apoyo a las energías renovables, cuyo origen y calendario -Kyoto 2020- han sido dictados desde las relaciones internacionales, aunque insuficiente, está funcionando. Entre las normativas, el discutido CTE y la certificación energética, a la que es fácil prever continuación con la certificación sostenible, inciden en algunos criterios relacionados con la sostenibilidad y, sobre este fin, se han creado. La última apuesta por la rehabilitación frente a la actual crisis es un paso inteligente, pues ésta es precisamente la asignatura pendiente de la sostenibilidad.

Al mismo tiempo, la administración ha comenzado simultáneamente un camino de producción de edificios de sesgo bioclimático encaminados a mostrar qué gobierno autónomo es más comprometido con el medio, cuál tiene una sensibilidad

mayor, quien de ellos puede presentar la ciudad, el conjunto, el edificio-estrella más sostenible. Los institutos de investigación y las universidades comienzan a abrirse a temarios relacionados con los nuevos conocimientos medioambientales. La crítica que a cada una de estas iniciativas pueda hacerse, no desmerece el hecho de que todas ellas responden a una conciencia popular e institucional cada vez más sensible a los temarios de carácter sostenible, entendido éste como el marco que integra lo medioambiental, lo económico y lo social.

En el mundo de la arquitectura, del espacio construido, la aparición de edificios sostenibles alcanza ya un cierto contenido específico, un espacio propio que va decantándose de forma natural, en el que el aval técnico se manifiesta mediante sistemas de evaluación medioambiental de reciente creación -Leed, GBC,- cuyo

conocimiento va en aumento. Tanto programas sencillos muy cercanos a la autoconstrucción como edificios potentes y estelares, son presentados como sostenibles. El lenguaje formal propio se aumenta con nuevas siglas, Lider, Calener, Leed, GBTool, etc, como herramientas auxiliares para proporcionar base científica y mejorar las intuiciones bioclimáticas de siempre.

A su vez, las empresas privadas han emprendido la tarea de ofrecer productos sostenibles y exhiben en sus programas de responsabilidad social corporativa una línea de compromiso medioambiental. Ya es difícil encontrar una empresa energética que no se promueva como la mejor amiga del medio ambiente, ni una marca comercial que no aúne su publicidad al desarrollo sostenible. Sólo la pequeña empresa se muestra algo desconcertada hacia el fenómeno. En la mercadotecnia, el producto ecológico vende con dificultad, pero el producto sostenible vende muy bien, o al menos se nuestra como reclamo. La publicidad ha detectado ya claramente esta demanda social de calidad ambiental, y la utiliza profusamente como un argumento de venta, lo que indica su fortaleza e implantación en el ciudadano medio, aquel hacia quien se dirige esta publicidad.

Bien, y todo esto, este panorama general ¿qué significado tiene? Un primer análisis dictaminaría que existe una conciencia social de la necesidad de cuidar del medio,

y que la sociedad ha tomado ya cartas en el asunto. La preocupación por lo sostenible tiene un fundamento teórico innegable: desarrollo humano frente a límite de capacidad de la tierra. Los países emergentes quieren obtener unos niveles de vida tan elevados como sea posible, pero la capacidad de carga de la tierra es limitada y, si el desarrollo implica ampliar los daños ambientales, ¿cómo resolver esta ecuación? Se trata de obtener el óptimo desarrollo humano para todos dentro de los límites que nos marca el propio planeta. Este es un problema nuevo. ¿Cómo conseguir esto sin limitar nuestro estilo de vida? ¿Es posible? Lo sostenible deviene así la solución, el grano de arena que cada uno coloca para dar respuesta a esta demanda social que es la paranoia de lo sostenible.

Ahora bien, la bondad de la teoría no justifica la retórica ilusa de la práctica. Hay que ser serios: el debate de la sostenibilidad no ha hecho más que empezar y los pasos dados hasta ahora son meramente superficiales. Un segundo análisis del panorama, de carácter más profundo, establecería una actitud acomodaticia ante un problema evidente. Conocemos el problema, pero nos engañamos si seguimos como hasta ahora: consumimos de la misma forma, pero productos con la marca sostenible. Y es aquí donde está el truco. Los grandes problemas están por debatir, y los pequeños -que ya no hay pequeños problemas- están semiocultos bajo la niebla publicitaria.

Nuevo!

Grace 2006 s.l.
Sant Joan, 81
08011 Barcelona (Spain)
tel/fax: +34 934 546.16
technical@grace2006.com
www.grace2006.com

Visite nuestra web

Colores con sólida e inalterable vitrificación



La aparición de edificios sostenibles alcanza ya un cierto contenido específico.

En la medida en que todas estas iniciativas, toda esta parafernalia de lo sostenible tenga una base auténtica, profunda, fundada realmente en el conocimiento, y no meramente superficial, epidérmica y banal, estaremos aprovechando la oportunidad que necesitamos para crear un mundo más justo. Si no es así, todo esto será un cambio para permanecer en el mismo sitio, una ocasión desaprovechada, un lujo que nadie se puede permitir, porque el reloj y los números que marcan la salud y el estado social del planeta no son negociables.

Si los grandes retos urbanos se disfrazan con fuegos de artificio espectaculares pero sin calado, la administración no estará actuando a largo plazo, sino que aumentará el problema. Si las normas son confusas, se quedan cortas o son demasiado dirigistas, estaremos cercenando la posibilidad de aportación personal y fomentando la irritación profesional. Si la empresa no se compromete o no fundamenta sus benéficas intenciones con datos rigurosos y eficientes, y los productos en lugar de exhibir una etiqueta pintada de verde no exhiben una declaración medioambiental de producto certificada, “de la cuna a la tumba”, no hemos avanzado nada. Y si los métodos de certificación ambiental y las herramientas para procurar un control

riguroso de la eficacia de nuestra industria no son claros y eficaces, al alcance de todos, estamos produciendo un rechazo que no es deseable.

Para los profesionales de la arquitectura, el empleo de las nuevas ciencias ambientales aplicadas a nuestra disciplina y el reconocimiento de las nuevas demandas de la sociedad, lejos de ser una amenaza apocalíptica, se presenta como una nueva oportunidad de desarrollar nuestra capacidad creativa. Podemos utilizar estos conocimientos para hacer una arquitectura, un urbanismo y unos espacios públicos más ricos, más adecuados para el ser humano que va a utilizarlos, pero además de eso, más equitativos con los demás. Este es un nuevo aspecto, un nuevo giro de nuestra profesión, una vuelta de tuerca a la ética arquitectónica. Ética entendida como ética laica, de valores comunes a la sociedad civil, esa necesidad innegable de buscar “lo mejor” para todos. Es una oportunidad única, abierta, para mostrar nuestra creatividad. Es una actitud irrenunciable.

María Jesús González Díaz
Arquitecta y vocal de la junta gestora de la
Asociación de Sostenibilidad y Arquitectura (Asa).